

## LIBRO CUARTO.

## LA MADRE.

## CAPÍTULO PRIMERO.

## De la maternidad en el mundo físico y moral.

Cuando la mente evoca la noble figura de la madre, cuando el labio pronuncia su nombre, infunde al punto tal respeto el recuerdo de todos sus beneficios y de su abnegación, que se duda de que pueda haber ningún derecho legítimo que reclamar para ella. Hablar de su emancipación sería calumniar la conciencia pública. Efectivamente: mirando á nuestro alrededor, sondeando los corazones más incrédulos, encontramos una especie de culto para ese título. Decid al joven escéptico, cuya locuacidad se explaya en sátiras contra la virtud de las mujeres, á ese que escarnea esa misma virtud, como una preocupación, decidle que su madre fué débil un día, y vereis que, rebosando de indignación, os desmentirá, os provocará tal vez, y que los más puros sentimientos se despiertan en su corazón desde el instante en que se trata de ella. ¡Qué hombre, por

mas grosero que sea, no se aparta con deferencia, para hacer lugar á una mujer que está en cinta? Hay pueblos que abstienen á las que, hallándose en este estado, roban para alimentar á su hijo; y la vista de una madre joven y hermosa, que da de mamar á su hijo; nunca podrá inspirar á un hombre honrado otro sentimiento que el de una casta veneración. Parece finalmente que la naturaleza, lo mismo que los hombres, deja caer una corona sobre la cabeza de la mujer que es madre, la corona de la belleza y de la salud. Un ilustre sabio moderno demuestra que la mujer que no ha llevado un ser humano en sus entrañas, se queda siendo un ser incompleto y suele verse atacada de enfermiza languidez. No basta que la mujer sea amante; no basta que sea esposa, es menester que sea madre. Bien así como el alma, que no llega á alcanzar toda su fuerza sino pasando por las pruebas de la vida, de la propia suerte el cuerpo de las mujeres no encuentra su fuerza de desarrollo sino en las fatigas de la gestación. La misma lactancia, ese rudo oficio (1), renueva los órganos que parece debiera dejar exhaustos; el pecho se ensancha, las espaldas se dilatan, la cabeza se alza sobre el cuello más fuerte y flexible, y la mujer en fin no se presenta á nuestros ojos como una criatura completa, sino teniendo un niño en brazos: así es que la ficción teatral nunca osó atacar contra ese personaje. El teatro ha representado esposas

(1) Sacamos este dato y todos los que preceden del sabio M. Serres; mas ya se comprende que hablaba de mujeres casadas en una edad conveniente, y no de muchachas de diez y seis años condenadas á ser madres.

adúlteras, hermanos enemigos, hijos que mataban á sus madres; pero madres que maten á sus hijos, no existe mas que una en la historia poética; Cleopatra. En los tiempos que alcanzamos, en que todo se ha ensayado, en nuestros dias en que la pintura de las excepciones ha sido buscada con frecuencia como un medio de novedad atractiva, no ha habido una sola pluma que se haya atrevido á manchar ese tipo sagrado; y el ilustre poeta de las *Orientales*, reuniendo en un solo personaje dramático el incesto, el robo, el asesinato y la disipacion, creyó que para levantarlo á la condicion de criatura humana, bastaba poner en su corazon el amor maternal, y que el nombre de madre era capaz de lavar el de Borgia. La madre es en la tierra el único Dios sin ateo.

Sin embargo, ¡quién lo creyera!... ¡A despecho de este modo de sentir de todas las almas, durante cuatro mil años, es decir, hasta nuestro siglo, la ciencia ha negado á la mujer el titulo de creatriz! Los sabios pretendieron que la madre no era madre.

Este hecho tan curioso como importante, requiere un exámen profundo, porque toda la cuestion de la libertad de las mujeres estriba aquí, teniendo al mismo Dios por juez.

Registraba yo un dia los monumentos primitivos de la legislacion oriental, buscando lo que tenia relacion con la madre, y de repente mis ojos se fijaron en la siguiente frase que me hizo estremecer. Decia:

«La mujer no da hijos, únicamente los lleva (1).»

(1) *Leyes de Manú*, lib. IV, v. 28 y 29.

¿La mujer no da hijos? Entonces, ¿quién es la madre? ¿Qué es el hijo? Apresuráme á leer las siguientes líneas para buscar el sentido de aquella blasfemia enigmática, y leí: «Cuando despues de haber escogido la estacion oportuna, echais grano maduro en un campo bien preparado, se desarrolla luego en plantas de la misma especie. Poco importa que la simiente sea de arroz ó de trigo, el campo os restituirá lo que en él hayais depositado, porque no participa de la naturaleza de las plantas; solo contribuye á alimentarlas, y la semilla, en su vejetacion, no desarrolla ninguna de las propiedades de la tierra. Lo propio sucede con la reproduccion de los seres humanos. El hombre es el grano, la mujer el campo. La mujer no determina el carácter de la criatura: da lo que ha recibido, y aquella nace siempre dotada de las cualidades propias del que la engendró (1).» Estas ideas, contra las cuales protestaba el simple buen sentido, parecióronme tan monstruosas, que las deseché desde luego como otro de los mil cuentos fantásticos del Oriente, y ganoso de absolver á la antigüedad de semejante doctrina, dirigíme al príncipe de los naturalistas griegos, á Aristóteles. ¿Qué creeriais que encontré en ese grande hombre?... Estas palabras: «Solo el padre es creador.»

Pretendí refugiarme en la edad media y apelé á aquella ciencia que á la sazón las comprendia todas, la teología. Santo Tomás en su capítulo del orden de la caridad me dice: «El padre debe ser mas amado que la madre, atendi-

(1) *Leyes de Manú*, 8, 30 y 31.

do que él es el principio activo de la generacion, mientras que la madre solamente es el principio pasivo.» Consulté á los sabios de los siglos sucesivos, y casi todos repetian esta doctrina de Manú: «El poder procreador es el poder varonil.» La progenitura de todos los seres animados se distingue por las señales del poder masculino (1). Algunos naturalistas de nuestros dias, apoyándose en el Génesis indio, y valiéndose tanto de sus símiles como de sus razones, han dicho: hubo una primera encina; esta encina, cubierta de bellotas, contenia en sí, no solo las encinas á quienes dió el ser, sino las descendientes de aquellas y las que le sucedieron: todas las generaciones venideras de las encinas contenidas en esas primeras bellotas, con sus fuerzas latentes, en forma de gérmenes encajados unos dentro de otros, han salido de ellas á su vez y continuan saliendo, lo mismo que las hojas que se despliegan sucesivamente. Tal es la imágen de la generacion humana. Adán contenia en sí, no solamente á Cain, Abel y sus hermanos, sino todos los seres humanos que han nacido desde la creacion del mundo y que nacerán hasta el dia del juicio final. En cuanto á Eva, su única participacion es la perpetuacion de la raza humana: fué la de la tierra que ha recibido y alimentado los frutos de la encina. Eva es la nutriz.

No puedo ocultar que al leer estas palabras, apoyadas en una gran série de observaciones fisiológicas, autorizadas con muchos nombres inmortales, me sentí realmente posei-

(1) *Leyes de Manú*, lib. IX, v. 36.

do de una perplejidad profunda, porque cumple decir tambien que toda la cuestion legal de la igualdad de las mujeres estriba en este punto. Si este hecho es verdadero, el mismo Dios lo ha decidido. Si la obra, al parecer la mas cumplida, de la mujer, no la pertenece, si el hijo que lleva por espacio de nueve meses en sus entrañas, no es su fruto sino su carga, si el seno materno, esa divina cuna que, semejante á un ser, parece que siente, se conmueve y ama, no es mas que una especie de receptáculo inerte, sin influencia y derecho de creacion sobre el ente que ha recibido; la mujer no representa en el mundo mas que el papel de una criatura ínfima y secundaria; es un accesorio útil y nada mas: todas las servidumbres que la sujetan al varon son consagradas por la misma naturaleza.

Esta consecuencia es tan rigurosa, que en todos los países en que ha prevalecido esa doctrina científica, el anatema á la madre ha pasado de la ciencia á la ley y aun en ciertas ocasiones á las costumbres.

La ley india dice: «Respetá á tu padre y á tu madre;» pero en seguida añade: «Solamente el respeto á tu padre te abrirá el mundo superior de la atmósfera.» El amor al padre era un deber religioso; el amor á la madre un acto de gratitud humana. En los tiempos heróicos de la Grecia, Clitemnestra mata á Agamenon: Apolo llama en seguida á su hijo Orestes, y poniéndole un puñal en la mano, le manda que hiera á Clitemnestra. En las Euménides de Esquilo (1) se sienta el monstruoso principio de que Orestes no era

(1) *Esquilo, Euménides*, p. 251 y sig.

parricida, porque solo maló á su madre. El mismo Apolo, que fué á defender á Orestes ante el Areópago, dice: la madre no engendra *eso que llaman* su hijo; invocada Minerva para dar su voto, habla de esta manera: «Estoy completamente por el padre; *Orestes debe ser absuelto;*» y el Areópago, aquel supremo tribunal de la Grecia, aquel tribunal que representa, por decirlo así, la justicia antigua, inauguróse absolviendo á un asesino de su madre: es decir, proclamando esta tésis: la madre no crea á su hijo. En los tiempos históricos, cuando aun no habia en Grecia nombre de familia, y cada cual al nacer recibia un nombre distinto, solo el padre tenia el derecho de nombrarlos. En el mundo moderno, el nombre del padre únicamente es el que pasa á los descendientes: al insituirse la nobleza, por regla general no pudo trasmitirse sino por medio de los padres, y actualmente en todas las clases, el derecho de direccion es exclusivo de ellos. Finalmente, esta supuesta preeminencia de la paternidad ha originado una costumbre ridicula conocida de todo el mundo, excepto en su significacion oculta. Hay países en que el marido, á quien su mujer acaba de hacer padre, no solo toma una tostada con vino para reparar las fuerzas que ha gastado su esposa, sino que en cuanto empieza el parto, se mete en cama y le sirven bebidas suaves y un alimento ligero. En este hecho, que á primera vista parece una rareza, se encuentra un símbolo. En ninguna parte está mas sensiblemente marcada la absorcion de la madre en la persona del padre. Es la mejor prueba de que para esos pueblos el lazo de descendencia no existe sino del

hombre al niño, y tanta es su fuerza, que ni siquiera se rompe con el nacimiento. El hijo, aunque viviendo, en apariencia de su propia vida, está sujeto á los efectos de la salud paternal: así que, si el padre se preserva de las variaciones atmosféricas, es por temor de que su hijo no se constipe, y ese marido en cama es mas autócrata que Luis XIV al decir: *el estado soy yo;* pues pretende resumir en sí, el padre, la madre, el hijo y la misma nodriza.

Una parte de la ciencia encontrábase estacionada entre nosotros en la teoría de la primera encina, cuando una autorizada voz vino á protestar contra ese impío sistema. Uno de nuestros mas eminentes fisiologistas contemporáneos, amigo y discípulo del ilustre Geoffroy Saint-Hilaire, el sabio á quien todos los médicos de Francia eligieron por jefe en el congreso médico (1), inspirándose en los trabajos desconocidos de muchos sabios de siglos anteriores, afacó enérgicamente ese menosprecio de la madre. Provisito de todos los recursos que la industria moderna presta á la ciencia, apoyado en veinte y cinco años de incesantes observaciones, cien veces repetidas, reclamó en fin, para la mujer, su verdadero lugar en la creacion, reivindicando para la madre su título de creadora.

La ciencia del pasado decia: el seno maternal recibe el ser enteramente creado, y la aparicion sucesiva de los diversos órganos de la criatura no es mas que el desarrollo de partes ya existentes, que la debilidad de nuestra vista no nos

(1) *Compendio de anatomía trascendental*, cap. VI, de la *Epigenesis*, por M. Serres.—*Estud. clínicos sobre las enfermedades de las mujeres*, por M. Mathieu.

permitia ver. La ciencia moderna, guiada por el análisis, ha respondido: No: el feto desde el momento de la concepcion no es en el seno de la madre un ser completo y distinto solo del hombre por su pequeñez; no: la madre no es el terreno insensible que únicamente debe alimentarle. Contemplad al niño, durante toda la preñez, auxiliados con las luces que os suministran los conocimientos modernos, y vereis que pasa sucesivamente por todos los grados del ser: es ante todo molusco, pez, luego despues reptil, despues ave, despues mamífero y despues hombre; puede decirse que se ha formado á trozos; desde entonces se ha dado al traste con la teoría de la superioridad del padre. No es él solo el que crea la criatura, puesto que todavía no es creada como hombre cuando cesa la accion paternal. La reproduccion, pues, exige un segundo agente; la madre: la madre que ayuda al feto en la adquisicion de cada uno de sus órganos; la madre que le da una á una todas sus armas, la madre que lo cria progresivamente, hasta el tipo humano. La madre, por lo tanto, al revés de la antigua doctrina oriental, tiene una parte igual á la del padre en la creacion de su posteridad: es verdad que de este procede el primer impulso, mas á ella corresponde la verdadera formacion.

Muchos ejemplos interesantes, sacados de la historia natural de las plantas, de los animales y de los hombres, nos demuestran esta poderosa accion maternal. Las flores híbridas, como es sabido, son producidas por el cruzamiento de dos especies diferentes, aunque pertenecientes al mismo género. Si tomais, por ejemplo, un geranio encarnado y el

geranio llamado el rey de los negres, é introducis el pólen del uno en el pistilo del otro, resultará una especie nueva, una híbrida. Pues bien: esta flor casi siempre reproducirá el tipo maternal, mejor que el paternal; es decir, que si el geranio encarnado es la flor hembra, la híbrida participará de geranio encarnado, y las flores que nacerán de ella, tenderán siempre á volver mas y mas á esta especie (1).

Lo propio acontece en los animales. Cruzad un caballo y una burra, y resulta un macho borriqueño que participa mas de asno que de caballo. Cruzad, por el contrario, un asno y una yegua, y obteneis el mulo que reproduce mas bien el caballo que el asno.

Otro tanto podemos decir de las razas humanas. Un pueblo conquistador se establece violentamente en un país extranjero, como por ejemplo, los francos en la Galia. ¿Qué es lo que resulta, generalmente, de esta alianza con las mujeres indígenas?... Que despues de algunas generaciones, el pueblo formado de este cruzamiento, reproduce los caracteres, no de la raza conquistadora, sino de la conquistada: las madres han absorbido el tipo paternal. De ahí la frase profunda de Estéban Pasquier: la Galia hace galos.

Ese poder, reservado á las madres, de trasmilir á su posteridad su carácter típico, prueba irrecusablemente su accion en la generacion humana; de cuyo poder nace, para

(1) Hemos sacado estas interesantes observaciones del libro de M. Mathieu, intitulado: *Estudios clínicos sobre las enfermedades de las mujeres*, tercera parte, cap. 1V. Hay pocas obras mas abundantes en datos, observaciones filosóficas y nuevos puntos de vista.

ellas, la magnífica prerogativa de reducir siempre á su propia individualidad cada uno de los diversos tipos de la naturaleza.

Todavía les está reservado un papel mas distinguido en el perfeccionamiento de la especie en general.

Este hecho reclama toda nuestra atencion.

Entre las maravillas de las cuales nuestros órganos son, cada dia, testigos ó actores, hay una que siempre me ha parecido mas singular que las demás. Si un largo trabajo os ha fatigado ó una velada prolongada ha embotado vuestra inteligencia, saliendo de vuestro cuarto y respirando por algunos instantes el aire libre, al momento se despeja vuestra cabeza, el corazon respira mas desahogadamente y desaparece hasta el cansancio de los miembros. Si salís de la ciudad á la campiña, el misterio se complica al propio tiempo que se multiplican las influencias de ese agente oculto y benéfico; y no es que ese aire disipe solamente un malestar pasajero, sino que renueva todo vuestro ser. El alimento reanima, pero da pesadez; el vino excita, pero embriaga; el aire, por el contrario, es á la vez dulce y fuerte, calma y fortifica, pareciendo que obra sobre el alma. En efecto; al respirar libremente un aire puro, el corazon se siente mas dispuesto á abrirse á los sentimientos afectuosos. No hay nadie que no lo haya experimentado. Uno se encuentra como arrebatado de este suelo; sacude sus materiales cadenas, y encantado de esa nueva vida, que circula en él con ese impalpable éter, la imaginacion se remonta hasta concebir un mundo y un cielo, en donde lo mismo que los habitan-

tes de los Campos Elíseos, que ha creado el genio de Fenelon, el hombre no se alimentará mas que de luz y perfumes. El aire, pues, es una maravillosa sustancia, así como el pecho es un admirable instrumento. Si acaso Dios ha establecido una gerarquía en la division de nuestros órganos, este debe ocupar el primer puesto: realmente, la perfeccion del órgano respiratorio parece la medida del valor de cada especie. Entre los animales, cuanto mas débil y mas bajo es el aparato pulmonar de una raza, mas inferior es el lugar que esta ocupa en la escala zoológica. Véase sino ¿cómo se ha reparado la especie caballar? por el caballo de carrera, que es una máquina respiratoria perfeccionada. En las razas humanas, á medida que el tipo se eleva, el órgano neumático sube, por decirlo así, llevando consigo en regiones mas altas el corazon, el hígado y todos los demás órganos. Al llegar á la raza caucasiana, y particularmente á la raza céltica, el pecho se ensancha, el cuello se prolonga, y el sitio de la respiracion se fija con vigor de una espalda á otra.

Esto sentado, sepamos, y este ha sido el objeto de las presentes observaciones, ¿cuál de los dos seres humanos posee el aparato respiratorio mas perfecto? La mujer (1). ¿Cuál es por consiguiente el que representa el principal papel en el acto de la reproduccion? La mujer. La mujer, por lo tanto, á mas de ser conservadora del signo de su raza, es depositaria del sello característico de la superioridad de la especie humana sobre las especies animales, y de una de-

(1) Estos curiosos datos nos los ha explicado personalmente M. Serres.

terminada raza sobre otra. El hombre respira, como las especies inferiores, por la parte baja del pulmon: la mujer, por la parte superior: está en comunicación mas directa con la atmósfera regeneratriz, como si estuviese colocada junto á la fuente del celestial y misterioso alimento. De esta manera se esplican mil fenómenos extraños. Se ha notado, con sorpresa, que las mujeres comen mucho menos que los hombres, aun cuando trabajen tanto como ellos; y es porque viven por el pecho: valiéndome de una expresion que con frecuencia se usa contra ellas en tono de chanza y que, sin embargo, es la esplicacion de su propia naturaleza, diré que viven de aire. No hay nadie que haya dejado de ver, aun entre el sexo masculino, á alguno de esos individuos de constitucion nerviosa, sin fuerza muscular, consumiendo poco, reparando poco, y soportando fatigas sobrehumanas. ¿Dónde está el secreto de su fuerza? Viven del aire. Los franceses son el tipo de estos hombres. Habiendo un general extranjero encontrado por primera vez á los terribles conquistadores de Egipto é Italia en el campo de batalla, al ver su estatura baja, sus miembros delgados y su rostro pálido decia: «Les haremos caer soplando;» mas el dia siguiente al combate escribia: «son demonios.» Como bravo germano no podia sobreponerse á su sorpresa: contemplaba sus miembros redondeados y gordos, se pesaba, se tentaba, y preguntábase si era posible que hubiese podido ser vencido por aquellos hombres que no median mas de cinco piés de estatura: y era porque la fuerza de estos y su manantial reparador residia en otra parte distinta. Aquel no anda ni lucha

sino teniendo el estómago lleno; cosa muy natural, supuesto que la anatomía nos enseña que la naturaleza le ha provisto de un pié de intestinos mas que á nosotros; pero dad al francés un pedazo de pan y un dedo de vino, é irá á buscar y á combatir á su enemigo hasta el fin del mundo ¿y por qué?... porque no hay ningun pueblo que sea tan hijo de la mujer como el pueblo francés; porque es el pueblo en que la mujer ha impreso mas su carácter en la conformacion del aparato neumático; porque, finalmente, es el pueblo que vive mas de aire.

Por otra parte, todos los idiomas han rendido homenaje á la preeminencia de este órgano de la respiracion, sobre los demás órganos, prestándole muchos vocablos que expresan sus altas cualidades morales.

*Spirit*, en inglés, significa noble ardor. La palabra espiritualismo viene de *Spirare*. *Espiritu* quiere decir, á la vez, la parte mas enérgica y menos tangible del vino, y esta encantadora cualidad de la inteligencia, que es para el pensamiento lo que la llama para el fuego, lo que el éther para el aire, y la flor para el árbol. Cuando se quiere pintar el genio poético en todo su vigor, se dice que está lleno de *soplo*. Finalmente, san Agustin, en su bello lenguaje, tan persuasivo como profundo, ha exhalado este suspiro del corazon, que lo dice todo: «*Orare, spirare*, orar es respirar.» La plegaria es el soplo del alma que se eleva hácia Dios. Respetad, por lo tanto, á la conservadora de este órgano, que representa lo mas incorpóreo del cuerpo, y sirve como de transicion entre el mundo de la materia y el de la inte-

ligencia. Con tales títulos de emancipacion, ya no es licito declarar á la madre inferior al padre. Lleva su primer título de igualdad, escrito en sí misma, por la mano del Criador; así, retorciendo contra nuestros adversarios el argumento con el cual durante cuatro mil años relegaron á la madre al último lugar, podemos á nuestra vez decirles: es igual á vosotros por derecho divino.

Hé aquí el carácter de la maternidad en la naturaleza física: la naturaleza moral nos lo revela mucho mas grande.

Entre los animales, solamente la maternidad se parece á un sentimiento: el amor paternal es una excepcion, el amor sexual es un instinto: la maternidad les da prevision, amor, abnegacion y hasta heroismo. Si á la leona se le arrebatan sus hijos, se pone tan furiosa como el leon, y este se aleja. Yo he sido testigo del valor de una tierna curruca que habia construido su nido en un zarzal, á la altura de la vista; el padre y la madre, insiguiendo la costumbre de esos hermosos pájaros, permanecian alternativamente en el nido: si yo me acercaba cuando el macho lo guardaba, huia inmediatamente á las ramas superiores, revoloteando, chillando y agitándose, pero huia: si me aproximaba cuando se hallaba la hembra, esta se mantenía en su sitio, por mas que me acercase á ella, y hasta llegar á tocarla no se movia: yo veia latir su corazon debajo de sus plumas, veia como se abrian y brillaban de terror sus negros ojos, y á pesar de esto permanecia quieta. Esto era realmente un sentimiento: habia solicitud, porque habia miedo; habia abnegacion, porque habia sacrificio. Por el amor maternal

el animal se aproxima á la naturaleza humana; y la naturaleza humana se eleva hasta la divina.

¿Qué padre, en efecto, se atreveria á comparar su amor al de una madre? Estoy muy léjos de querer negar el sentimiento paternal; no obstante, la paternidad para un hombre, es un accidente, y por decirlo así, una ficcion; para las mujeres la maternidad es la misma vida. Sin duda que los que aun les disputan su cualidad de creadoras, no habrán visto nunca cuando una madre recibe en su brazos al hijo recién nacido: no habrán contemplado, no, esa primera mirada divina que un dia inspiró al fogoso Rubens, en la figura de Maria de Médicis, y al tierno genio de Rafael; ni habrán visto tampoco á la madre cuando sigue los primeros pasos de su hijo, cuando escucha su primera palabra y cuando... ¡ay!... cuando recoge su último suspiro. Al morir un hijo, el padre llora, mas el tiempo borra pronto su dolor: para la madre es una herida incurable. Solemos ver rostros de mujeres, que llevan impreso un sello particular de afliccion: su palidez, su ternura, el débil acento de su voz y su frente inclinada hácia el pecho, revelan en ellas algun quebranto que les oprime el corazon; y si os informais de la causa de su pesar os dirán, casi siempre, que son madres que han perdido algun hijo en la flor de su edad. Una mujer atacada de una enfermedad mortal, que tambien le habia arrebatado á un hijo, diez años antes, exclamó en medio de las angustias de su agonía: ¡Oh! cuánto debió de sufrir mi pobre hijo!... Atormentada por su propio mal no pensaba sino en el de aquel ser adorado. Tal es el



amor materno. Sin par en la creacion, nace en un instante, inmenso, sin límites, sin cálculo. Es tan eficaz, que trasporta al que lo siente mas allá de las leyes de la naturaleza, convierte el dolor en placer, la privacion en gozo, y no accidentalmente, sino por efusion como en el amor, incesantemente y sin tregua. Ni el tiempo lo extingue ni la vejez lo entibia: para él no hay progreso ni decadencia, ese otro signo de imperfeccion. En el primer dia del mundo nació tan completo como hoy. Eva lo sintió de la misma manera que Hecuba y la reina Blanca. Todavía mas: como último milagro, reforma del todo al ser que lo siente y le sirve de educador: por él, la mujer coqueta se hace grave, y la indiscreta, reflexiva; ilustra y purifica; significa virtud é inteligencia, abnegacion y amor: es el corazon humano entero.

Acabamos de ver la mision que Dios ha señalado á la maternidad en el mundo fisico y moral; investiguemos ahora la parte que la han otorgado las leyes en el mundo social, y la que cumple concederla.

## CAPÍTULO II.

### Influencia del título de madre en la condicion de la mujer.

La sabia introduccion á la historia del Buddhismo (1) conliene entre otros tesoros una leyenda de cortas lineas,

(1) *Introduccion á la historia del Buddhisme*, por M. Eugenio Burnouf.

abundante en ideas fecundas. Buddha predicaba un dia ante sus discípulos diciéndoles: «Suponed un hijo, que durante cien años enteros lleva á su madre acuestas, ó bien que á fuerza de trabajo la asegura toda clase de bienes, todas las riquezas que la tierra produce: joyas, perlas, esmeraldas y otras piedras preciosas; á pesar de esto, no habrá hecho nada para su madre, nada la habrá dado, porque ella le ha alimentado con su leche y educado con sus palabras; pero si un hijo iniciado en la fé inculca la fé á sus padres, si les infunde la caridad siendo avaros, y la luz siendo ignorantes, entonces el hijo habrá merecido bien de su padre y de su madre; les habrá dado lo que les debia.» Durante este discurso, uno de los discípulos de Buddha, sintiéndose sobrecogido de remordimientos, dijo para sí: «yo no he prestado ningun servicio á mi madre, y mi madre ha muerto: mi madre ha pasado á otra vida, en la que padece, porque no posee la verdadera luz; se encuentra en el camino de los seres malos. ¡Si pudiese yo arrancarla de allí!..» Acercóse á su maestro y le dijo: Mi madre ha renacido en un nuevo mundo, pero vive allí entregada á sus pecados: tú solo puedes salvarla, puesto que eres el único que posees la verdadera luz: llévame contigo á las regiones donde se halla, é instrúyela en la ley.» Buddha consintió y ambos llegaron á la morada de su madre. Esta era joven; el hijo viejo, en razon á que acababa su vida y aquella volvia á empezar la suya. Habiéndole divisado en lontananza, le reconoció gritando: «Ahí viene mi hijo de lejos para salvarme; preparó en seguida para él y Buddha la

comida de la limosna; sentóse delante de ellos, en un asiento mas bajo; pidió ser instruida en la ley, y apenas se la dieron á conocer, inmediatamente profirió: «Se me ha abierto el suave camino del cielo; no habrá mas pecados: gracias á *mi hijo*, vos habeis venido á visitarme, vos cuya vista es tan difícil de alcanzar, aun despues de mil nacimientos, y yo he llegado á la opuesta orilla del piélagó de los dolores.» El hijo estaba sentado cerca de Buddha temblando de alegría, y permanecieron juntos hasta que su madre hubo recibido toda la verdad, toda la vida de la fé.

Esta leyenda es preciosísima, aun considerada simplemente como tal. La solidaridad piadosa de las generaciones, la preocupacion del hijo, las penas de la que ya no existia, ese mismo hijo que salva á su madre y que, dándole en una vida moral la existencia material que de ella ha recibido, viene á ser su padre en Dios, son circunstancias suficientes para dar á ese relato el interesante atractivo de una aventura particular.

Encuétrase algo mas todavía, á saber, la expresion de un hecho general.

Siguiendo el curso de la suerte femenina en sus diversas vicisitudes, el entendimiento queda admirado de una contradiccion inexplicable y que, sin embargo, es universal. La fecundidad de la mujer no la da, segun veremos, casi ningun derecho legal sobre la educacion y direccion de sus hijos, y al propio tiempo la vale mil privilegios extramaternales. Como madre, no tiene ningun poder; con todo, va caer un pedazo de sus cadenas de esposa y mujer.

En la India, la esposa que paria tomaba el título de *Djajaté*, que vale tanto como decir, la que hace renacer; porque su marido renace en ella, á cuyo título era inherente el cuidado de velar el fuego del sacrificio, de distribuir las limosnas, y de recibir los huéspedes, honor muy codiciado entre los orientales. La *Djajaté* no podia ser repudiada sin motivo, sino al cabo de doce años, si tenia hijas; y nunca, si tenia hijos (1). Ya hemos visto por lo acontecido en Raquel, la inmensa importancia que entre los judíos tuvo la maternidad en la suerte de la esposa. No era solamente su consuelo y su orgullo; era su apoyo. Ana, mujer de Elcana (2), es estéril; se deshace en llanto y no se atreve á subir al templo: Fenena, segunda consorte de su marido, la humilla y llena sin cesar de sarcasmos; Ana no responde... Ana es *estéril*. Su esposo ofrece un sacrificio: da á Fenena y á sus hijos muchas porciones de la víctima, y á Ana una sola: *Ana es estéril*. No solo esto: sino que ni aun se atreve á comer su porcion creyéndose indigna. Postrada á los piés del Eterno y anegada en lágrimas se halla tan enajenada de dolor, que el sumo sacerdote quiere sacarla como si estuviese embriagada. En este estado, el Señor tiene piedad de ella: concibe y es madre. Entonces se escapa de sus labios este himno arrebatador. «Saltó de gozo mi corazón en el Señor y se ha ensalzado mi poder en mi Dios; se ha ensanchado mi boca sobre mis enemigos, por cuanto me alegré en tu salud.» Subli-

(1) *Digest of Indu Law, t. II. Leyes de Manú.*

(2) Samuel.

me canto de accion de gracias que, además de ser una expresion del arretrato maternal, es un himno de libertad; el grito de gozo de la cautiva que ve caer sus grillos.

En Grecia, la recién casada era tratada tan severamente como las doncellas; apenas se la permitía pasar de un aposento á otro sin previo permiso; no obstante, teniendo un hijo cesaba la reclusion.

En Roma, la maternidad daba á la esposa el derecho de heredar de su marido y de un extraño (1).

Cuando las guerras civiles hubieron despoblado la Italia, un decreto muy ingenioso de César, cuyo intento queda hábilmente justificado por Montesquieu, declaró que solo las mujeres que tuviesen hijos podian llevar pedrería ó ser conducidas en litera, con lo cual se dejaba á cargo de la coquetería el repoblar la república. Muy pronto la mujer, por el mero hecho de ser madre, consiguió varios privilegios en favor de su marido: el derecho de ser el primero en tomar las haces, si era cónsul, de hablar el primero en el senado, de aspirar á las magistraturas antes de la edad necesaria, dispensándosele un año por cada hijo; y cuantos

(1) En la ley primitiva, si el marido moría *intestado*, la mujer era excluida de la sucesion, *hasta por el fisco* (Justiniano, Novela, 53), y era menester que estuviese sumida en la miseria para poder obtener una parte. Si su marido la dejaba toda su herencia por testamento, no podía recoger mas que un décimo. Las leyes Julia y Poppæa decidieron que la mujer recibiese dos décimas de la herencia conyugal, si tenía un hijo: un tercio, si tenía tres; y llamóse este derecho *jus liberorum*, derecho de los hijos. Una novela permitió á la madre heredar de un extraño junto con su marido, cuyo derecho estaba prohibido á los solteros y á los *orbi* (privados de hijos).

mas favores debía el marido á la madre, tantos mas motivos de afeccion habia en el matrimonio. Finalmente, la independencia personal de la mujer tuvo el mismo origen.

En Roma, la mujer era siempre pupila. Los ancianos han querido, dice la ley de las doce tablas, que la mujer, á causa de la ligereza de su espíritu (1), estuviese bajo tutela. Ya púber, ya impúber, ya casada, ya soltera, ya madre, ya estéril, huérfana ó no, siempre está sometida á una direccion extraña. Siendo soltera, su padre es el dueño; casándose por confarreacion, el marido. Muriendo su padre y su marido, está sometida á la tutela de su mas próximo pariente. Fallecido este, pasa el agnado de segundo grado; no existiendo estos, la ley Atilia (2) dispone que los magistrados ó los tribunos del pueblo la nombren un tutor llamado atiliano. Es una cadena que nunca se rompe; cuando cae un eslabon luego le reemplaza otro. ¿Qué fué, pues, lo que al fin destruyó esta antigua servidumbre?... El gran talisman, el título de madre. En seguida, un senado-consulta de Claudio decidió: que la ingénua que tuviese tres hijos, y la liberta que tuviera cuatro, por este solo hecho, estuviesen libres de la tutela del agnado, es decir, que fuesen dueñas de sus bienes: despues, la tutela de los padres estuvo limitada al tiempo de la menor edad; abolióse finalmente la misma

(1) *Leg. XII. Tabularum. Tab. quinta: «Veteres voluerunt feminas etiam perfectæ ætatis, propter animi levitatem, in tutela esse. Itaque, si quis filio, filiaque testamento tutorem dederit, etambo ad pubertatem pervenerint, filius quidem desinit habere tutorem, filia vero nihiloominus, in tutela permanet.*

(2) *Ulpiani fragmenta, tit. XI.*

CA  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 U. A. N. L.